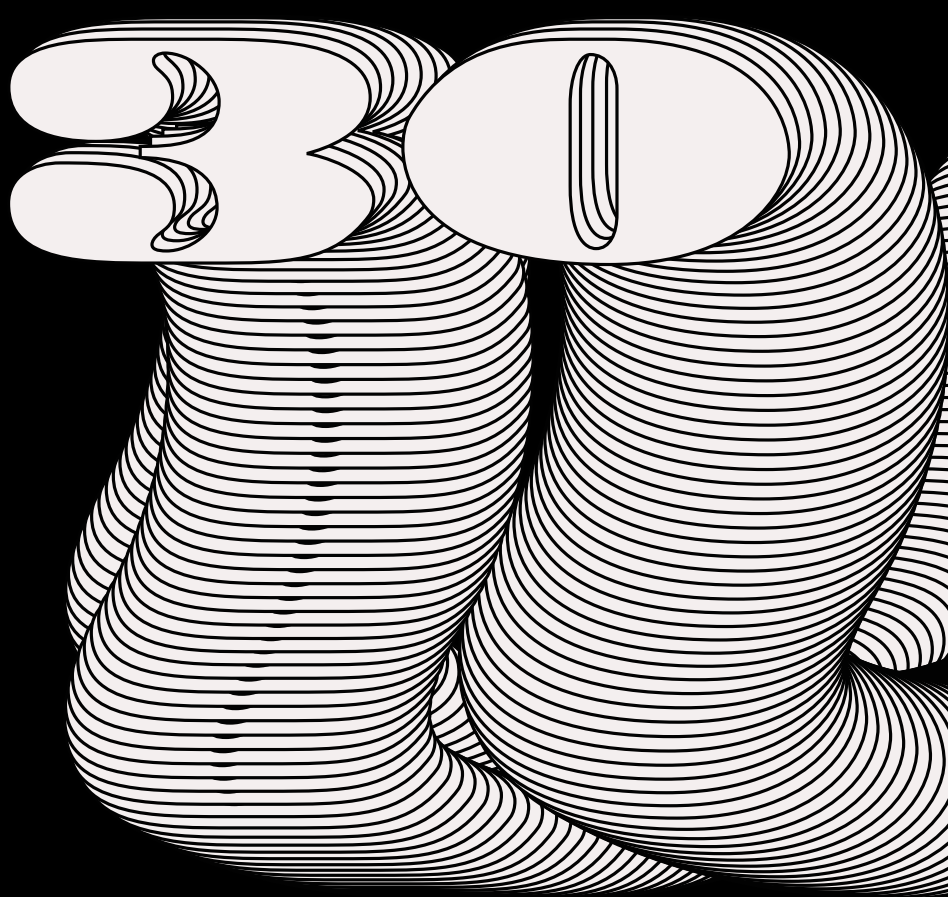




E S P O R A

POESÍA | RELATO



Era el mejor de los tiempos y era el peor de los tiempos; la edad de la sabiduría y también de la locura; la época de las creencias y de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas; la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación ».

CHARLES DICKENS, “HISTORIA DE DOS CIUDADES”

CARTA EDITORIAL

...

Después de año y medio de pandemia, las líneas que separaban las responsabilidades escolares de las actividades de tiempo libre se volvieron casi inexistentes. Llevamos 19 meses en donde prácticamente el único contacto con el exterior ha sido a través de una pantalla, incluyendo nuestra experiencia universitaria. Que estemos publicando el número 30 de ESPORA después del 31 demuestra la presión extra que la pandemia conllevó en la vida estudiantil, específicamente en el equipo editorial de esta revista.

Nos dimos cuenta de que nos hacía falta espacio y tiempo personal para seguir publicando contenido de calidad y darle la dedicación necesaria a nuestros colaboradores. Aprovechamos el espacio para agradecerles por su paciencia y comprensión durante este largo proceso.

En esta carta nos despedimos no solo de ESPORA y la gran experiencia que fue el tiempo en esta revista, sino también de la Universidad. Nos llevamos felices los recuerdos de estos cinco años y sabemos que los dejamos en las manos de un equipo comprometido con este espacio que buscamos sea para todos.

Fernanda Loutfe Orozco, Paula Gutiérrez Ramírez

Jefas editoras

DIRECTORIO

Editor responsable
Clemencia Corte Velasco

Editoras responsable de este número
Fernanda Loutfe Orozco
Paula Gutiérrez Ramírez

Consejo Editorial
Andrea Galindo Mendiola
Bárbara Contreras Martínez
Carolina Aranda Cruz
Daniela Navarrete Arredondo
Diana Rojas Ruiz
Fernanda Loutfe Orozco
José Carlos Antonio Colohua
María José Martínez Díaz
Natalia Cigarroa Salazar
Paulina Meyer Cal y Mayor
Paula Gutiérrez Ramírez
Paulina Martínez Vazquez

Dirección de diseño
María Mena Ponce de León

Diseño
Ana Paula Huerta Pérez
Jocelyn Hazel Bolaños
Lorena Molina Sánchez
María José Martínez Barranco
María Mena Ponce de León
Sofía Ramírez Garzón

Comunicación
José Carlos Antonio Colohua
Paulina Martínez Vázquez

Colaboradores
Amado Salazar
Erick Garay
Gabriela Romualdo Ramírez
Indira Ríos
José Cauich Canto
José Joaquín
Juan de Dios Maya Avila
Karla Hernández Jiménez
Leodan Morales
Melissa C. López Real
Montserrat Arias
Sofía Santoyo
Viridiana Yasmín Sánhez Miranda

Portada
María Mena Ponce de León

ESFORA, Año 5 No. 30, es una publicación editada por la Universidad de las Américas Puebla a través de la Escuela de Artes y Humanidades. Ex hacienda Santa Catarina Mártir s/n, San Andrés Cholula, Puebla, México, 72810, tel. 222 2292000, www.espora.udlap.mx, esporarevista@gmail.com. Editora responsable: Clemencia Corte Velasco. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo no. 04-2016-102014364800-102, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número: Fernanda Loutfe Orozco, Paula Gutiérrez Ramírez, Ex hacienda Santa Catarina Mártir s/n, 72810, San Andrés Cholula, Puebla, México. Fecha de última modificación: 4 de diciembre del 2021. Queda prohibida la reproducción parcial o total, por cualquier medio, del contenido de la presente obra, sin contar con autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor. Los artículos, así como su contenido, su estilo y las opiniones expresadas en ellos, son responsabilidad de los autores y no necesariamente reflejan la opinión de la UDLAP.

ESFORA
NÚMERO 30



ÍNDICE

- 6****Cilicio**
Juan de Dios Maya Avila
- 8****El escritor está tieso**
Erick Garay
- 12****Nota sobre el control de plagas**
José Joaquín
- 13****Compulsión tóxica**
Karla Hernández Jiménez
- 15****Quién era el monstruo**
Montserrat Arias
- 16****Pastillas**
José Cauich Canto
- 19****Sireña**
Leodan Morales
- 22****Maldito el inicio**
Indira Ríos
- 23****Guiso de boda**
Gabriela Romualdo Ramírez
- 26****Resucitando muertos y enterrando vivos**
Melissa C. López Real
- 29****Parábola de la especulación**
Amado Salazar
- 30****Montalayo**
Viridiana Yasmín Sánhez Miranda
- 32****Hija de Yemayá**
Sofía Santoyo

Juan de Dios Maya Avila
Tepoztlan, Estado de México
FB: /JuandeDiosMayaAvila

Cilicio

Yo soy un hombre ya muy viejo. Pero recuerdo a mi abuelo. Mi abuelo fue un señor recio. Afigúrense que alcanzó a vivir hasta los ciento y dos años. Trabajaba de tlachiquero en la hacienda de La Teja. Hasta allá nos gustaba ir a verlo, porque su labor era bien chabacana. Mientras trabajaban con el pulque, él y sus compañeros cantaban jaculatorias. Desde muy temprano, cuando abrían el tinacal, recitaban los piones "Alabado sean las horas, las que Cristo padeció". Y en la tarde, cuando mi abuelo cerraba el tinacal, los tlachiqueros se despedían con este grito: ¡AAAAvvvvveeeee maaarríaaaa purísssssimmmaa! Y el patrón de la hacienda contestaba: ¡Sin pecado concebidaaaaaa! En veces, si es que terminaban pronto sus labores, los trabajadores se arrimaban bajo el al-

tar mayor del tinacal a echarse sus buenos litros de neutle a la sazón de sabrosas platicadas. Mi abuelo tenía sus historias, a mí me gustaban todas, pero más una en especial, porque aún guardo la reliquia a la que atañe: una página arrancada de una biblia antigua. Una página remendada con tachones y plumazos que había pertenecido a un viejo fraile jesuita y que en tétricas instancias pasó a mi familia.

Decía mi abuelo que el abuelo, del abuelo, del abuelo de su abuelo había vivido en Tepoztlotlán durante el matlazáhuatl, la peste esa terrible que diezmó al pueblo en mil se- cientos y tantos, hasta casi exterminarlo. A ese remoto pa- riente le tocó presenciar las escenas de horror que a diario convocaban a jaurías y zopilotes. Devoraban los montones de cuerpos abandonados en el descampado, víctimas de la peste. Tan escandalosa era la cantidad de muertos y tan per- niciosa la propagación de la enfermedad, que las autorida- des reclutaron jóvenes fuertes y sanos para que recogieran las mortajas en carromatos y las llevaran a sepultar a la fosa común. Ahí fue que mi pariente se dio cuenta que aquellos cuerpos que recogían no estaban del todo muertos, algunos

se movían, otros hablaban y algunos más suplicaban para que no los enterrarán vivos. Decían que los enfermos, al ver la fosa, mascullaban: mi tolito, mi tolito, por gracia de Dios. Y el enterrador les respondía, qué atolito ni qué ocho cuar- tos, vas pa dentro. Así decían los moribundos, porque era común darles atolito; nomás para reconfortarlos, pues no se curaban con eso ni con nada.

En una ocasión, mi tataratataratarabuelo tuvo que entrar al atrio de San Pedro porque le dijeron que allí había varios muertos. Cerca de los olivos, halló el cuerpo, casi des- carnado, de un fraile jesuita al que ya habían medio devora- do las ratas. Le llamó la atención que, entre lo rasgado del hábito, asomaba un cilicio ensangrentado con el que el fraile castigaría en penitencia sus carnes ya entonces apestadas.

Mi pariente pensó que el jesuita estaba muerto, pero al mo- verlo, el fraile comenzó a sacudir la mano derecha, con la cual apretaba una página arrancada de un libro. Mi parien- te cogió la página porque pensó que el jesuita se la estaba ofreciendo y al cabo cargó con el religioso hasta el carroma- to, donde quiso Dios que acabara de morir. Al llegar a su jacal, en la vera de la Zanja Real, mi ancestro escondió aque- lla hoja arrancada detrás de un San Francisco que ocupara gran parte del altarcito doméstico, pero antes, claro está, leyó la página, que resultó ser parte de una biblia antigua, de las que tenían en abundancia dentro del colegio jesuita.

Al calce, puedo reproducir exactamente el contenido de la página arrancada, pues aquel ancestro mío le heredó la reliquia a su hijo, y éste a sus hijos, y éstos a sus hijos, y así sucesivamente, hasta que mi abuelo me la heredó a mí, tras una de tantas veces que contó esto mismo en el viejo tinacal de la hacienda de La Teja.

Ya para no hacérselas larga, apunto lo que la página dice:

"....fue entonces que Él les ordenó: Comerán la carne de vuestros hijos y de vuestras hijas y amontonaré vuestros cadáveres sobre los cadáveres de vuestros ídolos. Y después de esto aconteció que un sátrapa reunió todo su ejército, y subió y sitió la ciudad del rey. Y hubo gran hambruna a con- secuencia de aquel sitio, tanto que la cabeza de un asno se vendía por ochenta piezas de plata y la cuarta parte de un mojón de estiércol de palomas por cinco piezas de plata. Y de ello hacían su alimento los hambrientos.

A los cuarenta días, sucedió que pasando el rey por el muro, una mujer le gritó:

— Sálvame, rey, señor mío.

Y él rey le respondió:

— Si no te salva Dios, ¿de dónde te puedo salvar yo?

Sin embargo, dime, ¿qué es lo que te sucede, por qué pides mi ayuda?

Y la mujer le contestó, señalando a otra mujer, desas- trada y famélica, que estaba a su lado:

— Esta pécora me dijo: Da acá a tu hijo, y comámoslo hoy, y mañana comeremos el mío. Destazamos, pues, a mi hijo, y lo comimos hervido. Al día siguiente yo le dije: trae para acá a tu hijo que toca cocinarlo hoy. Mas ella lo ha es- condido desde ayer después de la comida.

Cuando el rey oyó las palabras de aquella mujer, ras- gó sus vestidos, y pasó así por el muro, y el pueblo vio el ci- licio ensangrentado que traía interiormente ceñido en torno a la cadera...".

Erick Garay

Lima, Perú
IG: erickgaray_

EL ESCRITOR ESTÁ TIESO

El renombrado escritor, en un abrir y cerrar de ojos, se quedó estático completamente. Muchos no dieron mayor importancia al suceso. “Se hace”, dijo su pareja, calmando a sus amigos, en medio de una gran fiesta en su mansión. “Ya va a ponerse a andar otra vez”, pensaban otros. “¿No sería bueno llevarlo al médico? —comentaban terceros— No vaya ser una parálisis. No vaya a estar vegetal”. No, porque el escritor estaba en pie, quieto, efectivamente, pero firme, aun manteniéndose erguido sobre el suelo del salón. Se había detenido así como así, sin que nadie lo esperara. Mantenía la sonrisita falsa en la cara y la dirección de la mirada en la nada. ¿Cómo había sucedido todo eso? Y justo en un momento tan importante.

¡Ya les parecía raro a los alegres invitados eso de estar en blanco por tanto tiempo! Por ello fueron dejando sus arduas labores para tratar de ayudar a su intelectual anfitrión. “¿Mucha literatura no le habrá hecho algo?”, pensaban unos. Otros, viéndolo algo incómodo, comentaron: “¿Desde hace cuánto que no se pone un traje?” Y su mánager, enojado, se quejaba por todos lados: “¿No les dijeron al entrar que fotografías sin flash?”

Se dieron cuenta, cada vez más preocupados, de que ya no mostraba signos vitales. No respiraba ni tenía pulso. “Mejor dejémoslo solo”, sugirió alguien. “No vaya ser que con nosotros aquí le haya dado algo, tal vez un ataque de timidez extremo, tal vez una impresión muy fuerte. Si nos vamos de repente se reanima”. Los asistentes a la reunión del escritor renombrado y de su pareja sopesaron la proposición. Sí, concluyeron todos. Era lo mejor. Darle un poco de aire y de soledad. Total, ¿eso no era lo que siempre pedían los escritores? Sí, vamos a dejarlo un momento, pensaron. Vamos a dejar que se relaje un poco. Solo estaba algo tensionado. Siempre lo decía.

La pareja del escritor, que no sabía si ella también debía irse, pensó un momento que quedarse con él podía ser de ayuda. No, concluyó. Su presencia lo molestaría, de seguro. Era necesaria luego de que su pareja estuviera mucho tiempo estático, más bien. La necesitaba para cuando se movía, no para lo contrario. Segura de que estaba tomando la mejor decisión, se fue a continuar la velada a la casa de una de sus invitadas, que dijo tener en su mansión un automóvil de lujo, igual de estático que el renombrado

escritor, en medio de un inmenso salón. Todos la siguieron.

La novia del escritor pasó tres días en una fiesta, o tal vez solo en media fiesta, pero llegó el momento en el que se decidió a regresar para ver qué había ocurrido con su futuro marido. Lo había llamado al teléfono fijo de la casa y a su teléfono celular pero no contestaba ninguno. “O está escribiendo o está aún tieso”, concluyó.

Al llegar comprobó que el escritor seguía tan quieto como lo habían dejado. “Venga, amor. Déjate de bromas”, le pidió, algo nerviosa. “Después ensayas tu nueva pose para las portadas, cariño. Ahora muévete de una vez”. Nada. Seguía igual de tieso. Había algo de polvo sobre su pelo y su ropa. De pronto, algo asustó a la pareja. “No habrá...”, pensó. No, era imposible. Se le notaría en los ojos. Es más, le habría dado al menos un poco.

Esa misma capa no tan perceptible sobre su marido le indujo a pensar que, si no daba ningún atisbo de vida (le iluminó el iris con la luz de su celular y le puso un espejito frente a la boca: nada), debía de estar muerto. Pero si estaba muerto, ¿por qué no había empezado a corromperse? No lo había hecho, ¿verdad? “Tal vez debía pensarlo un poco mejor”, se dijo, percibiéndolo aburridísimo, a diferencia de la sensación que tuvo en sus primeros encuentros. Mientras observaba fastidiada el rostro inmóvil de su escritor, se dijo que estos al final eran todos igual de aburridos. “¿Cómo no intuí que pasaría esto?”, se reprochó.

El sacudón que generó la noticia no se hizo esperar. Nadie podía explicarse la insólita situación que había protagonizado el renombrado escritor.

“¿Por qué se ha detenido?”, se preguntaban todos. “Es una rebeldía —decían—, una innovación, un arte de

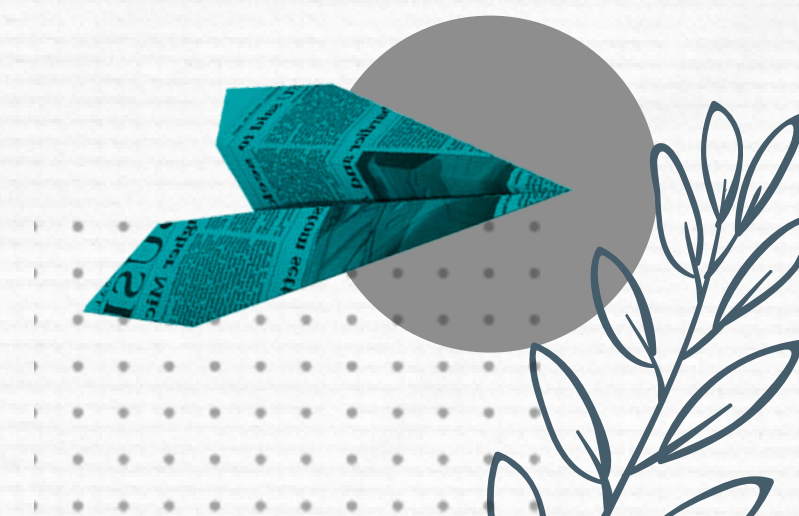
vanguardia”. Algunos lo exclamaban serios, y otros, no sin cierta mordacidad. “Es una huelga —concluían otros—: una huelga de inacción”. “Está muerto —respondían otros tantos—. Significa que no va más como escritor”. Pero entonces salían los comentarios contrarios, a refutarles. “No. Es tan importante que no puede morir. ¿No lo ven? Queda. Perdura. Derrota al tiempo”.

Seguían lanzándose pareceres. “Mírenlo quieto, como si estuviera posando y encima con traje. Ni ha sido vencido por la muerte, ni la ha vencido él. El sentido es otro. Ha sido vencido por la banalidad. Ha dejado de ser un escritor para ser un figurín”.

Otros, en cambio, tomaban ciertos detalles de los argumentos como el anterior para reestructurarlo y concluir lo siguiente. “Creo yo que quiere simbolizar el triunfo del escritor en un mundo cada vez más esquivo a las artes. Mírenlo, así de perenne. Ha triunfado”.

“No —contestaban—. Es una burla a la literatura vendida al sistema. Se está burlando de él y de todos los que terminan así. Ya era hora de que abriera los ojos”. “¡Qué va! —contestaban— ¡Quiere burlarse de todos pero solo consigue dejarse en ridículo a sí mismo!” Incluso algunos decían: “Es un paso más en su postura política”.

Tampoco se hicieron esperar las opiniones de columnistas y autodenominados *opinólogos* en los diarios y revistas. Uno de ellos, paisano del escritor, creyó dar con la respuesta a la incógnita, y publicó en una revista limeña, al lado de una calata, una columna al respecto. Parte de ella decía lo siguiente:



No se dan cuenta. Los verdaderos conocedores de los intereses literarios de nuestro escritor de alcance internacional, “extrañamente” tieso actualmente, sabrán que tal acción no tiene nada de “extraña”. No, señores. Bastará con leer algunas de sus entrevistas o de revisar sus artículos. Nuestro escritor era un verdadero apreciador de la obra de Jorge Luis Borges. Sucede que está sumido en una nueva novela, la que podría ser LA NOVELA, el escrito mayor, el definitivo, de nuestro hombre de letras, y, ¿por qué no?, de toda nuestra literatura. Está preparando su obra maestra. Tal empresa, como bien podrá entenderse, no podía proceder a realizarse de la manera corriente en que se hacen las novelas típicas. Nuestro escritor ha recurrido a una táctica infalible, inventada, o documentada, por Borges, en su libro Ficciones, específicamente en el cuento “El milagro secreto”. En este relato, el protagonista, un escritor checo llamado Jaromir Hladík, disfruta de un año para culminar la novela en la que estaba trabajando, ya que el tiempo se ha detenido para todo el mundo excepto para su pensar, justo antes de que le impacten las balas de su fusilamiento.

Allí está, creo yo, la verdadera razón por la cual el escritor, quien tantas buenas obras nos ha dado, se ha quedado tieso. Yo no me preocupo, porque sé que va a regresar a la normalidad con un libro fascinante y capital.

Sin embargo, opiniones que disentían de la anterior no se dejaron esperar. “Con esa cara de idiota solo puede estar esperando el fusilamiento”. Otros decían, más bien, que todo era una farsa armada por la editorial que publicaba los libros del escritor (el cual le daba obedientemente un huevo al año) para ponerlo en boca de todos y luego, al anunciar su nuevo movimiento, éste no sea solo literario sino también literal.

Algunos decían, por otro lado, que el escritor en verdad había muerto, por causas desconocidas (las hipótesis se deslizaron) y, para ocultar esto y seguir con los negocios en torno a él, habían decidido embalsamarlo y crearse eso de que se había puesto tieso porque sí. Pero esta hipótesis fue perdiendo fuerza, porque todos los que tenían acceso a verlo sabían que, de embalsamado, no tenía pero ni el brillo.

Otros tenían hipótesis más vulgares, donde la pareja del escritor tenía importancia capital, que no es menester anotar aquí.

Ya muchos se creían eso de la jugada de la editorial. Con todas las nuevas tácticas que habían hecho desde que su grupo fue comprado por aquel otro, el transnacional, se podía esperar cualquier cosa. ¡Cuántas teorías nuevas sobre enamorar clientes se habían creído! Pero la editorial, en verdad, estaba aterrada. Es cierto, el reconocido escritor había logrado ser el centro de miradas, y cada uno de sus libros ya publicados (desde el mejor hasta el peor, desde el más rentable hasta el menos) se vendía como pan caliente. Pero su ambición insaciable les decía que cada segundo que el escritor estaba así, quieto, era tiempo desperdiciado, el que podía ser invertido para darle nuevos *best seller*. Por ello, estaban viendo el modo de leer sus pensamientos, sea mediante neurología de última generación o mediante hechicería de larga tradición.

Imposible. Nada funcionaba. ¿Qué le pasaba al escritor? ¿Contra quién se quejaba? ¿Qué quería decir? ¿Qué estaba jugando? ¿Qué nueva táctica probaba? Nada de lo dicho, de lo planteado, podía aseverarse a ciencia cierta.

Tras meses estático, se pensó en exhibir al renombrado escritor para que muchos de sus seguidores

podieran ir a verlo. Cualquier estatua de él quedaría en el olvido. ¿Para qué ir donde la estatua si podías ir a tomarte fotos con el mismísimo escritor? Hubo algunas revueltas en el país de origen del hombre de letras (y de portadas), Perú, para que se lo llevara a su tierra natal. “Si va a exponerse, tiene que ser en su patria”, argumentaban. “¿Cuál de las dos?”, se preguntaban otros. Resulta que por la presión mediática se decidió llevarlo al Perú, tal como querían muchos de sus compatriotas. En el país se sentía una algarabía nacional. Aunque claro, siempre había alguno que otro que decía que era mejor que se hubiera quedado en España. Eran los menos, sin embargo, así como, de los que opinaban sobre el asunto, eran los menos quienes de verdad lo habían leído y sabían algo de él aparte del nombre.

Entonces surgió una nueva duda: ¿Lima o Arequipa? Tras una discusión larguísima y sangrienta, se decidió que lo exhibirían en Lima. No se descartó la posibilidad de exponerlo en Arequipa y otras ciudades por algunas temporadas.

Así fue como el escritor terminó exhibiéndose en la Ciudad de los Reyes. Acudían a apreciarlo, tras lo cual le daban la espalda para la respectiva *selfie*, centenares

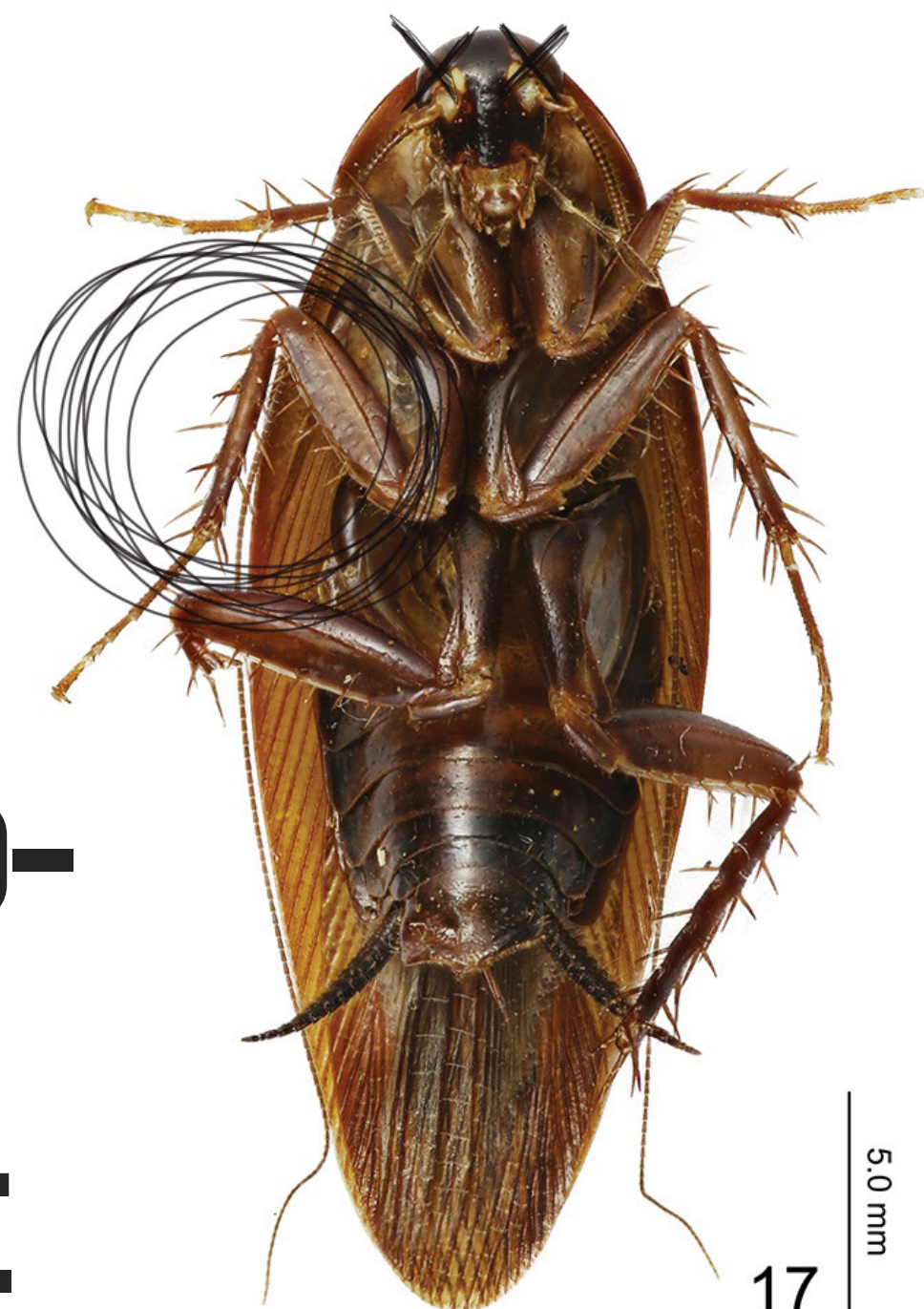
de personas al día. Tal vez miles. Llegaban también extranjeros de todas partes del mundo. El escritor, con la eterna sonrisa graciosa en la cara, ofrecía la misma pose a cualquiera que se le acercara. Tal vez una moneda la cambiara, pensaban los niños. Definitivamente, la quietud del escritor fue otro de sus éxitos, muchos ya decían que era el mejor.

Otros colegas en el oficio no tuvieron la misma suerte, y ni una flor puesta aunque sea para el vecino del nicho, decoraba su lápida. ¡Cómo no se les ocurrió, con tanto ingenio que tenían como el renombrado escritor, hacer lo que hizo este último! Es que él era muy renombrado y cuanto hacía, ya no importaba si llegaba a ser prestigioso, terminaba siempre, tal como querían muchos, en un gran éxito.



Luis Antonio Olguin
Ciudad de México
FB: luis.olguin.35
IG: @barbarosaoficial

NOTA SOBRE EL CONTROL DE PLAGAS.



17

5.0 mm

A pesar de lo que se piensa, la mejor manera de lidiar con las cucarachas es obligarlas a ver por un tiempo prolongado la luz de la superficie. Si bien la mayoría de la gente prefiere aplastarlas y quemarlas, la verdad es que estos métodos resultan ineficaces en el control de las plagas. ¿Cuántas veces no hemos visto a las sobrevivientes del cubil regresando a la cocina, a pesar de que esté cubierta de cadáveres? Pareciera que estas actitudes las hacen saber que no queremos tenerlas ahí, que guardamos algo que ellas quieren. Aunque esto no siempre es verdad.

Haciéndolas ver la luz de la que están proscritas, se ataca la parte más vulnerable de ellas: los ojos. No solo se guardan energías malgastadas en romper huesos y abrir entrañas, también la luz las obliga a regresar al subsuelo, donde 'prosperan' sin querer siquiera molestar a los humanos. Una vez que aprenden que el mundo humano es lumínico, las cucarachas parecen anhelar más que nada la oscuridad y confort de las cloacas.

JOSÉ JOAQUÍN,
EXTERMINADOR



18

5.0 mm

Karla Hernández Jiménez
Veracruz, Veracruz
IG: karlahj91

Compulsión Tóxica

Hacía poco tiempo que Trinidad Carrera se había casado con aquel hombre. No hubo oportunidad de que sus familiares más cercanos asistieran a la boda, todo había ocurrido sin el menor atisbo de ternura, igual que la vida marital. Por las noches, las visitas de su marido se reducían a encuentros que la dejaban sudando frío, con los muslos cubiertos de rasguños que pronto se convertían en profundas cicatrices. La atormentaban durante semanas, haciéndola llorar por las mañanas antes de prepararse para las faenas del campo.

Años después, enterarse de que su hijastra se encontraba embarazada de su marido fue mucho más de lo que pudo soportar. Se sintió más humillada que todas las veces en las que él había estado con otras mujeres. Antes hubiera rogado que le quitaran la carga de estar con aquel hombre desagradable, pero ahora se sentía traicionada.

— Antes no eras así. ¿Por qué tu cuerpo se puso de este modo? Si no hubieras cambiado, no habría tenido que estar con otras —le susurraba al oído, ignorando por completo sus sentimientos. Es cierto que jamás había pensado en lucir elegante, simplemente se limitaba a cumplir lo mejor posible con sus deberes.



13





Aquel día, Trinidad había cumplido treinta años, pero su hijastra le había robado toda la atención de la familia con su embarazo. Mientras todos felicitaban a la futura madre, Trinidad se alejó al rincón más oculto. Nadie vio el momento exacto en el que se fue y con el paso de las horas notaron su ausencia.

Cuando la encontraron, estaba tirada cerca del almacén de herramientas, con el vestido blanco cubierto de sangre espesa, la boca chorreando, los ojos desorbitados y conmigo entre sus manos.

Trinidad me contó entre lágrimas todas las penas que la habían aquejado desde el momento en que entró en aquella casa; todo el dolor que había experimentado y guardado en lo más profundo de su pecho. Todo a mi, a un bote de arsénico que jamás podría revelar los pensamientos finales de una mujer como ella.

Seguramente nadie le advirtió que mis efectos no eran inmediatos; traté que mi contenido fuera lo más eficaz posible, ya que no se merecía una muerte tan dolorosa.

Antes de sucumbir salió una lágrima de su ojo derecho. Ahora, estoy escondido en lo más profundo del armario para evitar que alguien más me utilice.

Háganlo, guárdenme para evitar que vuelva a escuchar sobre la miseria humana.



Montserrat Arias
Estado de México

QUIÉN ERA EL MONSTRUO

*El sol de la mañana reverberó
en la espada de bronce.
Ya no quedaba ni un vestigio de sangre.
“La casa de Asterión”, Jorge Luis Borges.*

Es el noveno año,
el ritual ha comenzado
y Asterión está preparado.

En el suelo ensangrentado
yacen los cuerpos mutilados,
accesorios del palacio.

La soledad no duele más
el minotauro sabe que
su redentor ha de llegar.

El presagio ha de cumplirse,
pero él no comprende
la naturaleza del castigo.

Existe atormentado por
sobrevivir cada ciclo,
sabiéndose condenado.

Las puertas infinitas
dan la bienvenida
a Teseo y a la muerte.

Piernas de toro,
y patas de hombre
se confunden entre las piedras.

Un juego más para Asterión
que acostumbra a rodar
día y noche entre las galerías.

Una cacería para Teseo
que espera ser reconocido
por salvar al pueblo.

Al fin se han encontrado,
sus cuerpos se confunden
monstruo y héroe son uno mismo.

Asterión se ha mirado
con el rostro de Teseo
en un opaco espejo.

Todo es una ilusión
del tiempo en el que
todo se repite 14 veces.

Asombrado y distraído
por aquella efigie,
siente un dolor en su pecho.

La imagen se ha desvanecido
y sus piernas de animal
golpearon el sedimento.

Teseo afiló su espada
y mofándose de su muerte,
relató su victoriosa hazaña.

En el laberinto,
el cuerpo de Asterión
quedó tendido.

Su torso sangrante
y sus patas de toro
del crimen, fueron testigos.

Teseo tomó a Ariadna
y dejaron que el minotauro
se pudriera en su prisión.

José Cauch Canto
Monterrey, Nuevo León
FB: José Cac

PASTILLAS

16

Mientras Misael troncha el toque, Joaquín lo observa. Desde hace un año que cumplen el mismo ritual; al salir de la facultad van hacia su casa, beben unas chelas en su cuarto y fuman hierba hasta estar bien pachecos. Joaquín renta una casa con su hermano, ambos tuvieron que salir de su pueblo para ir a estudiar a la capital. Sus padres les envían dinero y los visitan cada fin de mes. Por eso a Misael le gusta ir a su casa, ya que no hay nadie que lo esté jodiendo por fumar mariguana, además Joaquín es como su hermano, lo escucha y aconseja. Aunque por lo general es su compañero de parranda, salen a pistear cada fin de semana, y conversan horas y horas sobre lo difícil que es vivir. El hermano de Joaquín siempre está encerrado en su cuarto. La mayoría del tiempo, escucha música a todo volumen, pero hoy la casa está en completo silencio, no ha llegado de la escuela.

— Wey, ya ni te terminé de contar lo de ayer —dice Misael emocionado.

— ¿Qué cosa? —responde Joaquín mientras ensaliva el porro.

— Lo de la morra.

— ¿La del bar?

— Simón, esa. Está bien chida. La neta no pensé que me hiciera caso, pero a veces tengo golpes de suerte bien cabrones.

Joaquín camina hacia la ventana de su pequeño cuarto, en cambio Misael se quita los zapatos y se recuesta en la cama, fija sus ojos en el ventilador sucio que permanece apagado.

— Suena estúpido — dice Misael — pero ya me enculé.

Joaquín enciende el porro, le da dos bocanadas y exhala. El humo y el olor de la hierba se esparcen por la habitación. Después de fumar Joaquín siente que se le relaja el cuerpo, que una nube gris se instala en su pupila.

— No mames, cabrón — dice Joaquín mientras fuma— siempre dices lo mismo, te enculas bien rápido.

— No wey, ya sé que soy bien intenso, pero esta morra me gusta un chingo.

Joaquín se acerca hacia la cama, le ofrece el toque a Misael quien sigue mirando el techo y las pelusas de polvo que cuelgan de las aspas del ventilador. Se deja arrastrar por los recuerdos de la noche anterior.

— No seas pendejo — interrumpe Joaquín sus pensamientos — ni siquiera la conoces.

— Ya sé — dice Misael agarrando el porro y llevandoselo



a la boca — Es que si la vieras, tiene una cara hermosa, unas pinches caderotas y unas santas piernas. Además besa bien chido y esta re-buena.

Joaquín se sienta en su escritorio, lo observa con incredulidad y piensa en el número de veces que lo ha escuchado decir lo mismo. El cuarto le parece agradable, y suspira, sabe que la mota ya está haciendo efecto.

— La invitaré a salir hoy — dice Misael — invita a tu chava pa que salgamos los cuatro.

Escuchan que alguien cierra la puerta, Joaquín se levanta del escritorio.

— Voy a abrir la ventana — dice — ya llegó mi carnal.

— La idea me parece chingona, pero hoy invité a Sandra para que viniera. Ya sabes que hoy es día de echar pata.

Misael se ríe — No mames wey, diario echan pata — dice y le ofrece el toque a Joaquín, luego continúa contándole sobre la mujer, sus ojos brillan de la emoción y suspira cada que termina de contar con detalle algún suceso de la noche anterior. Joaquín lo escucha con atención, el porro se apaga, le pide el encendedor a Misael. Piensa que quizás, esta vez, su amigo sí se ha enamorado de verdad. Y no puede dejar de

sonreír debido al efecto de la droga.

— Va carnal, entonces invítala hoy.

El hermano de Joaquín golpea la puerta de la habitación con desesperación — ¡Joaquín! ¡Joaquín!

Joaquín camina hacia la puerta — Wey, es mi carnal— dice al mismo tiempo que esconde el porro. Abre la puerta y se encuentra de enfrente a su hermano, pero su rostro no luce enfadoso como todos los días, más bien tiene la mirada afligida y los párpados hinchados como si hubiera estado llorando por horas.

— ¿Qué pedo carnal? ¿Estás bien?

— Sí, estoy bien — dice su hermano.

— ¿Qué necesitas?

— ¿Dónde dejaste las pastillas? — dice su hermano con la voz débil y tocándose la frente — me duele la cabeza.

— Las dejé sobre la mesita de la cocina. ¿Seguro estás bien?

— Sí, Joaquín. — dice su hermano y se retira.

Misael naufraga en el mar de sus pensamientos. La mariguana le hace sentir que todo el lugar se armoniza, los objetos le parecen nuevos, como si apenas aparecieran ante él. Y entonces se sumerge en sus pensamientos, en entender lo

17

que significa la vida, se concentra en el latir de su pecho.

— ¡Misael! — lo interrumpe Joaquín.

— ¿Qué pasó wey?

— Nada, ya se fue mi carnal.

— ¿Qué quería?

— Unas pastillas, pero el vato se ve agüitado. Creo que otra vez se peleó con su vieja, apenas llevan unos meses y ya se pelean a cada rato, la neta ya debería terminar esa relación tóxica.

— No mames, dile que se venga a fumar un toque pa que se aliviane.

— Ya sabes que al vato no le gusta la mota.

— Pon música pa disfrutar más a gusto el viaje — dice Misael mientras cierra los ojos y se concentra en sus latidos.

Joaquín enciende su reproductor de música y reproduce su disco de rap favorito.

Se acerca al mueble que está junto a la cama, toma sus Marlboro rojos y enciende uno.

Misael se queda dormido entre el humo del cigarro y las canciones de Control Machete. Joaquín permanece sentado con el sopor invadiéndole el cuerpo. De repente escucha golpes secos, desesperados. Desconcertado se levanta de su lugar y baja el volumen. Los golpes se hacen más agudos “Abran la puerta” escucha que gritan con desesperación. Entonces recuerda que el timbre ya no funciona. Sale de su habitación, se acerca al cuarto de su hermano.

— Cabrón ¿no escuchas que están llamando — le grita. Los golpes no cesan, ahora se escuchan más violentos.

— ¡Joaquín! ¡Abre la puerta! — escucha que grita una voz femenina.

— Ya voy, ¿por qué tanto alboroto?

— ¡Abre la puerta!

Joaquín, se apresura a abrir la puerta. La novia de su hermano entra muerta de angustia, su rostro luce pálido y desesperado.

— ¿Dónde está tu hermano? — pregunta agitada — ¡Dónde está!

— ¿Qué pasa por qué tanto alboroto? Está en su cuarto.

— ¡Llama a una ambulancia! — grita.

El escándalo despierta a Misael, quien se levanta asustado, sin saber qué sucede afuera.

La novia corre al cuarto de su hermano, intenta abrir la puerta, pero está bajo llave.

— ¡Abre la puerta! — grita la mujer golpeando la puerta.

— ¿Qué pasa? ¿Por qué tanto misterio? — pregunta Joaquín sin comprender lo que sucede. La mujer comienza a llorar, le suplica que abra la puerta del cuarto de su hermano.

— Terminé con él — dice la mujer desesperada intentando abrir la puerta— se tomó todo el frasco de pastillas.

Al oír esto Joaquín se queda helado, el miedo cosquillea su cuerpo, piensa lo peor, y comienza a golpear la puerta con violencia, le suelta puñetazos a la manija de la puerta. Misael escucha los gritos y los golpes y al fin se decide a salir. Aún modorro da un paso hacia afuera de la habitación. Entonces la mira ahí llorando de desesperación intentando abrir la puerta con su amigo, se frota los ojos, piensa que está alucinando. Los gritos no cesan, pero Misael solo sonríe, está tan enamorado que ya hasta la imagina en casa de su amigo.



Leodan Morales
Estado de México
IG: leodan1497



Sireña

El lenguaje es mi refugio

Mis primeros pasos los di con los pies descubiertos, el polvo y la tierra le dieron la bienvenida glorificada a la piel desnuda de mis plantas. Las primeras palabras las dije sobre la espalda de mi madre; un rebozo me envolvía, mientras ella preparaba el fuego que alimentaría nuestros cuerpos y alimentos; mi primer bocado fue creado a partir de los granos plantados por mi padre. Soy maíz desde entonces.

Pasaron los años. Mi melena negra creció al compás de mi cuerpo, en esa tierra por la que vagaba como los aires. Jamás oí hablar de las navidades. Nuestras fiestas eran otras distintas. Nuestros dioses, ahora disfrazados de santos, nos protegían desde siempre. Diferentes los nombres, distintos los rituales. Tus peticiones y las nuestras, iguales. Proteger la vida que tanto nos cuesta mantener a flote.

La danza del maíz, el baile de los meh'kos, la fiesta de San Juan, la celebración de Santa Cecilia, el carnaval de febrero. el ritual del temazcal. el futuro señalado por los granos de maíz; el Xantolo, el agradecimiento a la tierra y los espíritus protectores, la piedra sagrada oculta por los montes.

Chikintzi: de entre todas sus nietas, fui yo la elegida. Nombrada así por faltarle el dedo meñique a su mano derecha, fue mi maestra de las energías, la conocedora de los

rituales sagrados; de limpiar los cuerpos usando hierbas, huevos y palabras catalizadoras. Era ella quien llevaba las ofrendas después de que alguien había sanado y quien agradecía por la protección a todo el pueblo. Pronto, sería yo la encargada.

La banda de viento. Las noches de baile. El pulque y el mezcal. Zacahuiles y tamales. La hechura de los petates. Los patrones de nuestras blusas. La confección de nuestras enaguas. El trenzado de nuestros cabellos. La caminata al pozo. La sabiduría de las ancianas. Las velas alumbrando la noche.

Íbamos juntas por la vereda de tierra, caminábamos por horas mirando a los cerros engullirnos. Sólo el ruido de las aves y nuestros pasos nos acompañaban; la gran placa de piedra nos daba la bienvenida a nuestro destino y descansábamos junto a ella un momento para iniciar el ritual, llamando a los espíritus que nos acompañarían. Les entregábamos los alimentos, encendíamos las velas, mencionábamos una a una las palabras milenarias, tan cargadas de poder y de respeto, para al final compartir los alimentos con los invocados; ellos se llevarían la esencia y nosotras nutriríamos nuestros cuerpos.

Éramos mujeres poderosas. Cargadas de los consejos y la sabiduría de todas las que nos precedieron. Éramos las elegidas del fuego. Nuestras mentes un nido de conocimiento. Éramos la voz de las hierbas, el soplo de los montes, las intérpretes de los invisibles. Éramos la encarnación del frijol y del maíz.

Me fui del pueblo con la promesa de encontrar una mejor vida. Migré a la ciudad junto a mi marido, dejando atrás el encargo que mi abuela había puesto sobre mis hombros, buscando comenzar un nuevo ciclo. Descubrí la existencia de la electricidad, y que no podía ir descalza por la calle, como estaba acostumbrada. El polvo artificial del pavimento, no nutría la planta de mis pies como lo hacía la tierra de mi pueblo.

Descubrí que la piel blanca era suprema y que mi lengua era despreciada, mis tradiciones arcaicas. Me descubrí ignorante y que mi ropa era vulgar y símbolo de esa ignorancia, las formas de mi cuerpo no eran las de una mujer perfecta; mis alimentos eran mal vistos. Descubrí que no era nada, era nadie para todos.

El lenguaje es mi refugio

No podía hablar mi lengua en público porque la gente me miraba, mostraban gestos de desagrado. Convertí las palabras en mi gueto. En la calle era otra, un disfraz de mí misma, Aquella mujer poderosa, heredera de generaciones, era insignificante en una ciudad gris como esta. Lejos estaban los montes y los espíritus que me bendecían, el “progreso” les vetaba la entrada a este mundo de concreto y contaminación. Era un objeto exótico proveniente de tierras misteriosas.

Mi hogar se convirtió en mi templo; adapté las enseñanzas de mi madre a las nuevas herramientas que me ofrecían. Decidí no dejar de trenzar mi cabello, no dejaría de bordar y usar las blusas que tanto amaba; mi rostro moreno no se llenaría de tinta que ocultara mi verdadera identidad, ni dejaría mis rituales, aunque el espacio fuera distinto y, quizás de tanto llamarles a mis ancestros, escucharían los ecos para venir a hacerme compañía.

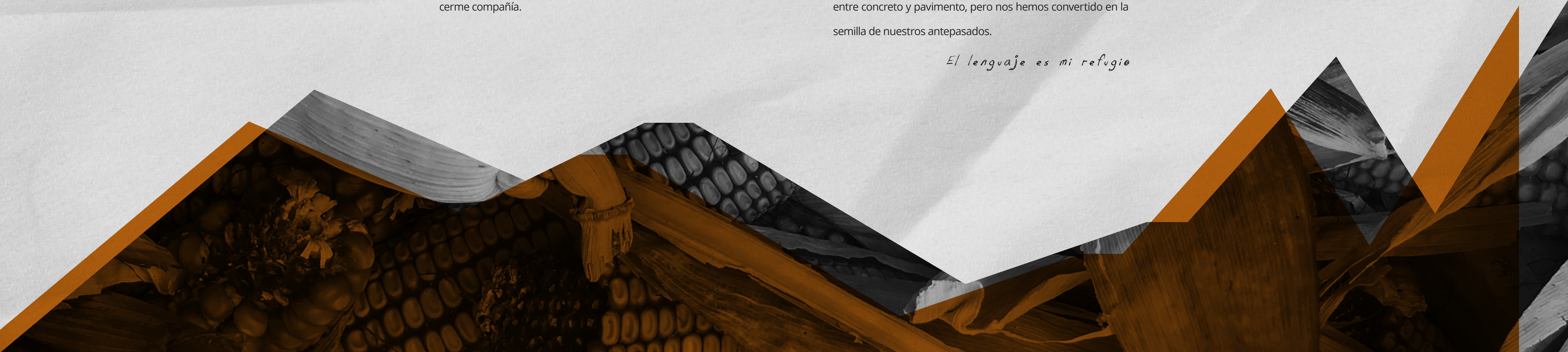
Odiaba la lengua española, se creía la única, la omnipresente, la perfecta. Cuando la hablaba no era mi boca la que decía las palabras, no quería ensuciar mis labios con esas letras llenas de desprecio y humillación pero cuando platicaba con mi esposo, me liberaba. Sólo con él podía usar mis palabras, expulsando mi verdadero yo; los sonidos de mi garganta cobraban sentido y sustancia, era resucitar mi cuerpo, mi identidad, mi espíritu y ser. La vida y el universo se recreaban con cada oración.

La casa se convirtió en mi refugio; sonaba la música que me gustaba, olía a los alimentos que me nutrían; danzaban las almas del pasado y los espíritus venideros, las velas alumbraban los rostros de otras épocas. Ahí era la bruja, la chamana, la curandera, la vida y la muerte en un solo cuerpo.

Cuando supe que estaba embarazada, dos cosas vinieron a mi mente: heredar todo el universo que me había sido entregado o renegar de él para evitar el mismo sufrimiento que había pasado al llegar a un mundo hostil y desconocido. Vida creciendo en mi interior, vida surgiendo de la esencia de mis ancestros.

Mi hijo se ha mimetizado. El cabello de sus abuelas crece por su cabeza, el café del barro surge por cada uno de sus poros. Se reviste de copal para honrar a los otros dioses y pedirles compañía cuando camina por la ciudad. Seguimos viviendo entre concreto y pavimento, pero nos hemos convertido en la semilla de nuestros antepasados.

El lenguaje es mi refugio



Indira Ríos
Tijuana, México
FB: yasseira.rios

Ando deambulando, un sórdido augurio cruje sentado
en mis ilusiones deshojadas

¿Ilusiones?

Todas se han vuelto una muchedumbre de puñaladas.

El día y la noche son telarañas

sofocando mis confundidos pálpitos,

despertar, dormir, dormir, despertar,

¿Son diferentes?

Ambos me amenazan,

el miedo está en ambos, míralo,

caza mis pupilas inmaculadas

¿A quién le hablo?

¿A los periódicos?

¿Estoy dormido?

No sé,

bailan las sombras vestidas de basureros,

la catedral es enorme y no tiene entradas,

la brisa hace un duelo con mis débiles andrajos,

las nubes se escurren,

la hipotermia acosa el callejón que socorre

mis huesos apiñados,

los semáforos juegan con sus luces

¿Hay alto para mi pena?

¿Cuándo inició?

¿Por qué no me miran?

¿Creceré?

Las suturas de mis fuerzas

MALDITO EL INICIO

están naufragando

¿Existo?

¿Cuándo dictaron mi sentencia?

¿Es vitalicia?

¿Qué hice?

Todo está borroso, mis vísceras se desploman,

las yemas de mis arpegios buscan salvación.

¿Y si mi boca fuese grande?

La alcantarilla quiere tragarse la ciudad,

me pide una sonrisa.

¿Qué es una sonrisa? No lo sé,

se lo preguntaré,

porque en alguna esquina vagabunda escuché

que los niños siempre ríen.

Gabriela Romualdo Ramírez
Tecpan de Galeana, Guerrero

GUIZO DE BODA



Por la boda todo era emoción y nervios. Mercedes, la nieta de Doña Porfiria se casaba, pero desde temprano por encima del aroma a recaudos, se percibía un olor a mal presagio que anegaba la casa. En la cocina una docena de mujeres estaban reunidas para preparar el banquete. Doce sazones y doce maneras de ver la cocina. Doce historias y temperamentos, entre cuatro paredes, un horno de tierra y tres, o cuatro cerdos que guisar. La cocina estaba tan caliente como el horno donde cocinarían el banquete, era un hervidero de ánimos y pensamientos, todas se se miraban de reojo para saltar sobre la otra a la primer equivocación. «No Julia, qué es eso de picar así las papas, más pequeños», regañaba Doña Marcia a Julia, que se quedaba seria, moviendo la cabeza arriba abajo diciendo que sí, pero por dentro la sangre le recorría las venas hasta llegarle a la aorta como agua para chocolate, pensando entre respiraciones profundas en

lo mucho que molestaba Doña Marcia. Atravesaba las papas con ganas de que fuera su lengua larga y partía con movimientos sarcásticos los trozos perfectos.

A Doña Porfiria todas le preguntaban qué hacer, cuántos de ajo, si todo el vinagre o solo la mitad de la botella. Le preguntaban cantidades exactas sobre la sal y el clavo con la intención de irle sacando en partes su receta, nunca lo lograban porque la vieja aseguraba que era cosa de tantear y probar, «el cerdo a veces era chico, otras veces grande». La cocina era más o menos grande, un espacio a medida de una mujer que hacía más de cuarenta años había marcado con la suela de sus zapatos los lugares por donde se movía a todas horas, todos los días. Del fregador a la estufa, de la estufa al lugar que ocupaba su marido en la mesa, fuera de mañana o durante las veces que al hombre se le ocurría aparecer ebrio pidiendo cena caliente. Pocillos, ollas, cazuelas y más cazue-

las adornaban cada una de las paredes rojas, mientras que el piso color amarillo en partes lucía desprolijo, manchado por gotas de chile que estaban cayendo de las mesas y metates en los que se preparaba el guiso para la boda.

Fuera de la cocina, en el patio, hasta donde llegaba el aroma picante, esperaba el horno negro de tiznado la carne tierna de los cerdos para cocerla lentamente en sus abrasadoras entrañas.

Las cocineras trabajaban como una colonia de hormigas, cada una cumpliendo con su labor. Luciana, una de las más jóvenes, solo se encargaba de moverse con eficacia de un lado a otro llevando y trayendo cualquier cosa que se le solicitara. Era una muchacha de ojos negros e infinitamente profundos, que hacían sentir seducido a Manuel. Sin sabérselo explicar, el hombre pensaba que mirar los ojos de ella, significaba caer a un pozo y nunca tocar el suelo. Pero esas solo eran alucinaciones a causa del deseo que le provocaba y él traía escondido bajo la cremallera, dentro de cada gota que le rodaba desde la sien cada vez que la soñaba, porque la muchacha nunca lo había mirado de cerca. Un peón mustio que siempre despedía un olor a ebrio, no tenía nada que hablar con ella.

—¡Luciana!—Un grito salió de entre las mujeres.

—Anda a encargar la leña muchacha. Y la marinera a la orden de sus capitanas, agarró camino apurada, pensando, anhelando el cuándo tendría la suerte de Mercedes, para casarse y saber cómo era sentirse amada y enamorada. Inmersa en sus anhelos, no tuvo tiempo para reaccionar cuando sintió una sombra sobre ella y cómo una mano envolvía su rostro. El corazón le palpitó fuerte, sus ojos buscaron mirando hacía todos lados, retorciéndose como pez en la orilla siendo arrastrada a cualquier lugar. Lo que vino fue una embestida de mar, deseo y odio que aplastó su frescura, le

arrebató la paz y le sembró una mirada perdida, ausentándole el alma y azuzando su maldad.

Al rato todo era silencio desgarrador, el cuerpo de Luciana era como la playa después de un espantoso maremoto. Se encontraba ausente, abandonó su cuerpo en esos momentos para no darse cuenta de nada, hasta que la ruidosa hebilla del grueso cinturón del hombre la hizo volver. Decidida a todo o nada, sin la menor advertencia y en defensa propia, por salir corriendo, Lucianita lo enganchó de un empujón en el lugar donde merecía un cerdo como él. En las paredes del cuartucho a donde fue arrastrada, un almacén de herramientas, aguardó durante años, inmóvil, callado y sereno, un gancho para carne ya oxidado para cumplir con su misión más importante, atravesar la espalda de Manuel. Como pudo ella se recompuso y regresó a la cocina, sin razón de la leña, con la vida redirigida, y unos ojos llenos de algo que no precisamente era maldad.

Tras una hora de silencio confesó todo. De haber podido algunas lo habrían matado con más zaña, sin contemplaciones, otras habrían por lo menos hecho lo mismo que Luciana, defenderse como podían. Todas sentían su dolor, ganas perras de rebelarse, la punzada en una herida causada por un dedo sucio que se encajaba en ella.

—Si de algo sirve, no eres la única Luciana—se confesó otra de las mujeres—, a mí también me pasó—dijo con la mirada clavada en el suelo.

—A mí también—se sumó otra mordiendo su mandil. «y a mí», dijo otra más, «y a mí», otra y otra más.

—A mí no—afirmó doña Porfiria—, pero como es mi marido es casi lo mismo.

—¡Llegaron los cerdos! ¡Tres cerdos!—interrumpió con-

tento el carnicero, anunciando la llegada del ingrediente principal para el guiso de boda.

—¡Aquí se van a cocinar cuatro!—corrigió la que lideraba la cocina. El hombre se marchó encogiendo los hombros y recontando los cerdos con sus dedos.

Las mujeres cocinaron cuatro cerdos, coordinadas, en religioso silencio y apasionante rabia. Era picante, un olor extraño, envolvente, sellado con orégano y laurel, y un amargo mitigado con patriotas y pasas, mientras que con la caída del sol, en la iglesia el Sacerdote declaraba el «hasta que la muerte los separe» para Mercedes, que sabrá Dios si tenía también un viejo verdugo o se estaba casando con él.

Más tarde, durante la fiesta, cada cocinera servía una cena especial para su respectivo verdugo, un primo, algún tío, el vecino, su propio padre o el abuelo; las sobras fueron para los perros y lo que quedó del cerdombre, sólo ellas saben en qué terminó, en un acto de rebelión, venganza y unidad.



Melissa C. López Real
Chapala, Jalisco

RESUCITANDO MUERTOS Y ENTERRANDO VIVOS

26

María consagraba mañana y tarde a repetir su triste retahíla de embustes. “Es que fíjese que se me acaba de morir mi mamá y no tenemos para el ataúd. ¿No tendrá usted un pesito, algo con qué cooperarnos? ¡Dios la bendiga!”, repetía en la central de autobuses, afuera de los supermercados y en los estacionamientos. “Tengo a mi mamá malita en el hospital, le cortaron una pierna y está muy grave de *salú*. ¿No me ayudaría con un peso? Lo que tenga, doña... todo sirve. ¡Dios se lo pague!”, agradecía con rostro mustio, estirando las manos y llevándose codiciosamente las monedas a los

bolsillos de los andrajos grasientos que elegía para recorrer las calles de la ciudad.

De vez en cuando había quien le daba un billete y hasta el pésame; era entonces cuando tenía que darse la vuelta y marchar a prisa para no soltar a reír en las caras de los pobres infelices.

—¡Nombre! — se reía María con la vecina — ¡Tú crees! Rara vez te los haces pendejos, verdad de Dios que nadie te cree, pero te dan por no quedar como pobretones.

A eso de las cuatro de la tarde volvía a su casa, donde su mamá la esperaba con la chicota en mano. Por eso María prefería andar en la calle, sentarse en una banqueta y ver los coches pasar.

Si María no entregaba al menos trescientos pesos a su madre, la mujer la golpeaba con sorprendente habilidad,

porque hacía dos años que la vieja apenas y se levantaba del sillón. El día que su hermano Ramón se había casado —recordaba la muchacha con amargura—, su madre se puso sus mejores galas para la ceremonia, le pidió que la peinara e hizo el esfuerzo de caminar hasta la puerta. Bañada en sudor y hecha una furia, la mujer intentó atravesar el resquicio de la puerta, pero su gordura era tal que le impidió cruzar al otro extremo. La mujer lloró un río y aprovechó cada instante de los meses siguientes para darles con la chicota a María y a su hermana Josefina cada vez que se acercaban al sillón. Desde entonces todo lo que la madre hacía durante el día era ver la televisión, esperar las ganancias de sus hijas y comer. Si María y Josefina no abrían bien los ojos, no les alcanzaba ni para tantito arroz.

Ese día por la mañana, María se peinó su trenza, se metió en sus harapos y tomó el autobús. Un viejo de sombrero le quiso hacer conversación, pero María lo ignoró. A eso del mediodía ya llevaba recabados ciento cincuenta pesos. Se detuvo en una esquina y compró un jugo. Una hora más tarde empezó a llover, así que se metió a la central de autobuses y comenzó a declamar sus infundios a los viajeros. “Fíjese que mi mamacita está en el hospital con la pierna malita y no tenemos ni un cinco, ayúdeme, doñita”.

Al final de la jornada solo consiguió doscientos veinte pesos, de modo que en el viaje de regreso María se preparó para la reprimenda. Tal como lo esperaba, la madre gritó y golpeó como pudo. Más tarde, cuando pusieron las cazuelas en la mesa de la salita enterregada, de sucios muros de ladrillo cubiertos con calendarios de la tortillería, oscura en ausencia de ventanas, la mujer dio de manotazos para impedir que María y Josefina comieran. A María se le subió la sangre a la

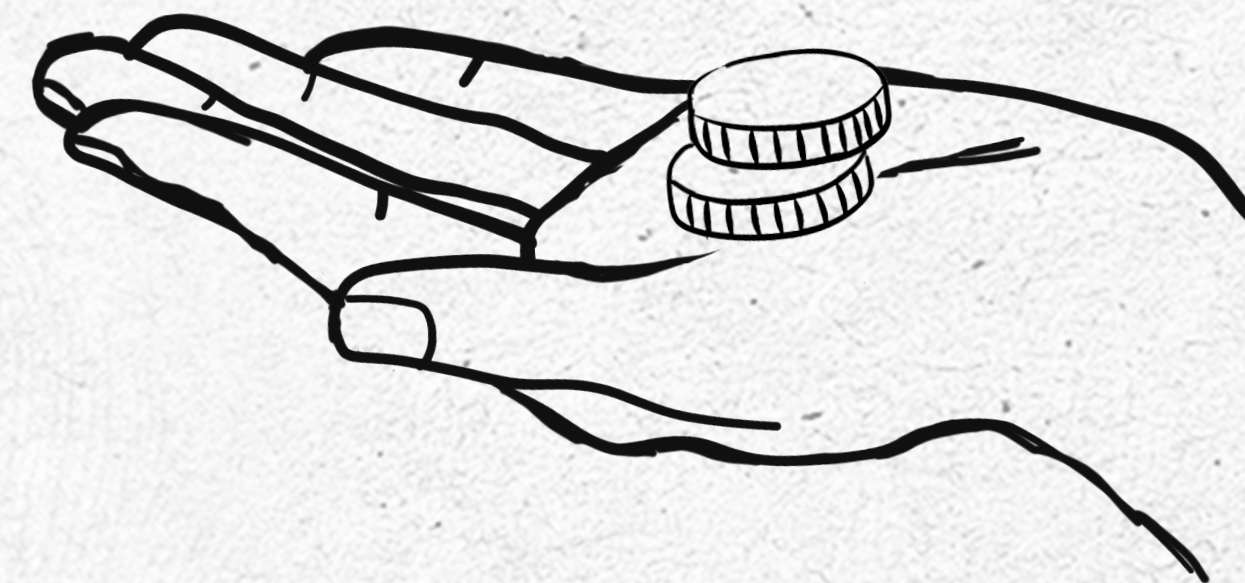
cabeza, apretó los puños y se puso de pie en un instante.

—¡Vieja marrana!— gritó en su ira y frustración.

La madre la miró con sus diminutos ojos porcinos, sus dedos como enormes salchichas asiéndose ferozmente a la cacerola de frijoles. Antes de que la mujer pudiera articular una palabra, la muchacha se encerró a piedra y lodo en el cuarto que compartía con su hermana y se puso a llorar. Rumió durante horas y aunque estaba hambrienta, pensaba que era mejor no haber probado alimentos, después de todo, ¿quién soportaba la peste tremenda que manaba del rinoceronte en el que se había convertido su madre? “Maldita vieja inútil — rabiaba —, no puede ni mear sin que le ayuden, ¡qué se la lleve la chingada! ¡Desde que mi papá nos dejó, la vieja no hace nada y todavía viene y me reclama ochenta méndigos pesos!”.

A la mañana siguiente, María se apegó a la rutina. Antes de salir contempló a su madre. Roncaba indefensa, tendida sobre el sillón vencido, hediendo a sudor y cloaca, a la dejadez, amargura e indolencia que se le habían acumulado entre los pliegues de la piel, y pronto a María se le arremolinó el remordimiento en el estómago por haber insultado a su madre tal como todos a su alrededor lo hacían. Con la esperanza de que al regreso su madre hubiera olvidado ya el altercado, María fue de un lado a otro pescando tontos, estirando la mano, poniendo cara mustia y riéndose para sus adentros.

27



Iba tan distraída que le pidió dos veces al mismo viejo.

— ¿No que estaba a punto de enterrar a su mamá y viene ahora con el cuento de que está enferma? ¡Ya ni la hacen!, andan resucitando muertos y enterrando vivos por sacar unos cuantos pesos—la reprendió el viejo con severidad, negando en desaprobación.

A causa de la lluvia, María perdió el camión de las cuatro de la tarde. A pesar de los percances, aguardó paciente, con la certeza de que los cuatrocientos cincuenta pesos que cargaba en el bolsillo pondrían a su madre tan contenta que perdonaría su ofensa y la salvaría de los golpes. Podía visualizarlo, su madre ordenaría a Josefina traer tostadas de pata, pero de la cenaduría de doña Pachita, que eran sus favoritas. Escucharían en silencio los achaques del día y al final, Josefina y ella se sentarían a verla comer frente a los gritos y lágrimas que corrían en el televisor.

Llegó a la vecindad en medio de un aguacero. Quiso tirar de la puerta para abrirla pero no estaba ahí, la habían arrancado de sus goznes. Lo primero que vio cuando se recuperó del susto fue el sillón vacío, como un campo recién razado, y sobre él, a su hermana.

— ¡Ay, María! — se lamentó Josefina, cubriéndose el rostro moreno con ambas manos.

María se arrimó, muda.

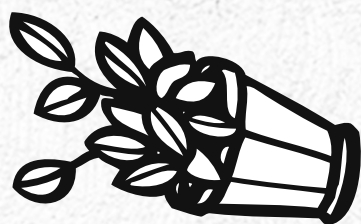
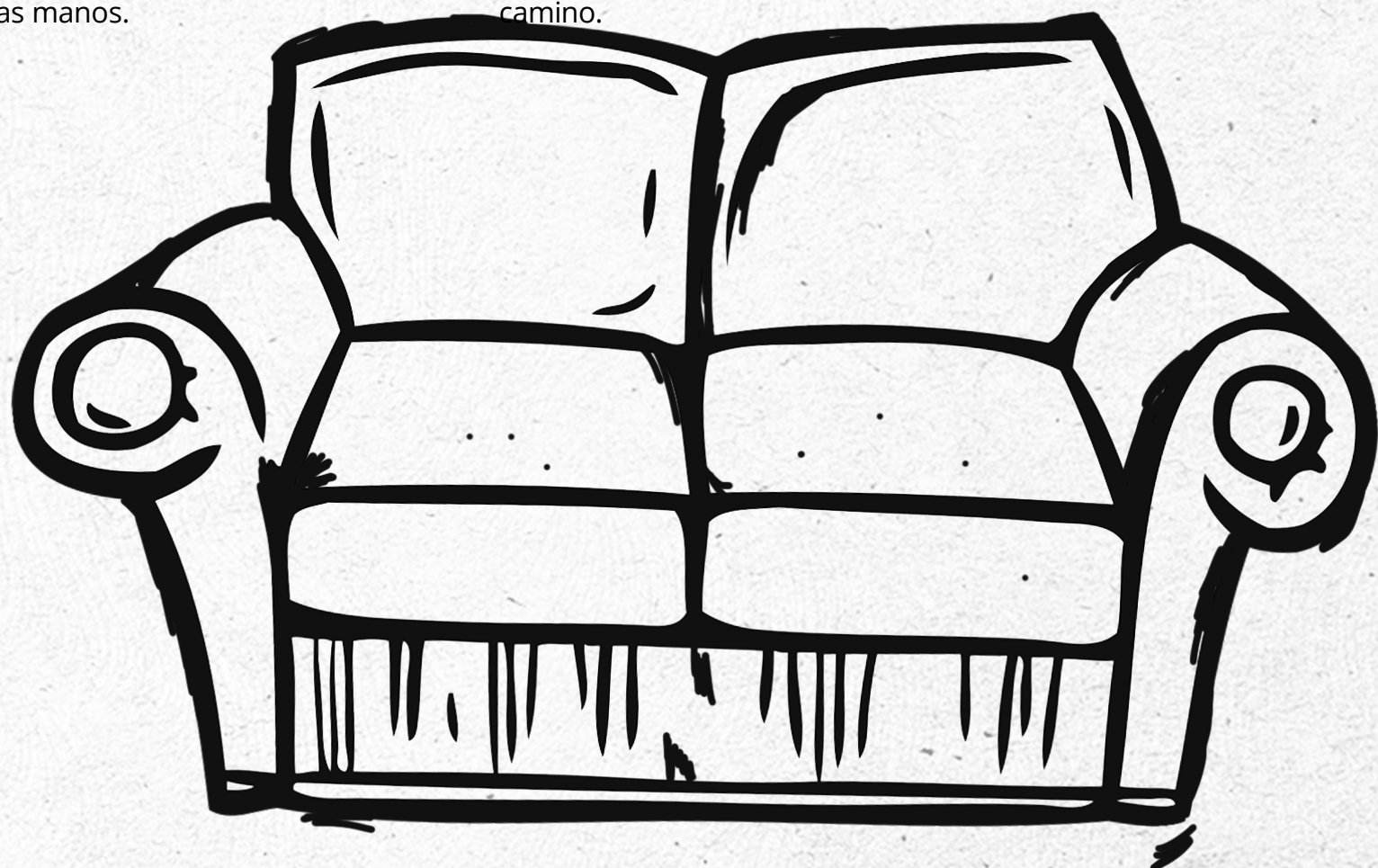
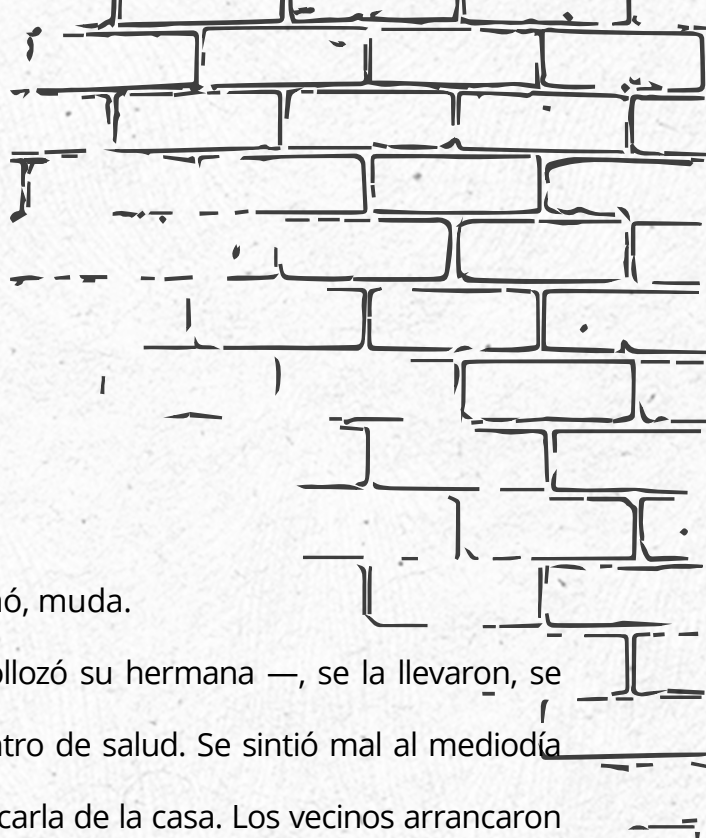
— María — sollozó su hermana —, se la llevaron, se llevaron a amá al centro de salud. Se sintió mal al mediodía pero no podíamos sacarla de la casa. Los vecinos arrancaron la puerta y la ambulancia llegó. Yo no alcanzaba, así que jalé a pie hasta el hospital. Cuando llegué, el *dotor* me dijo que le había dado un infarto, que traía unos grumos en las venas de la pierna, y que así de la nada tuvo un paro cardíaco y... se murió.

María se llevó una mano a la boca y contuvo la respiración.

— ¿Qué vamos a hacer, María? No tengo un peso para pagar el hospital, ni la ambulancia, ni el entierro... ¿crees que quepa en un ataúd? — gemía la hermana, desconsolada, con ojos compungidos y voz suplicante.

Esa misma tarde, María se secó las lágrimas y regresó a la ciudad.

— Fíjese que mi mamá se me puso malita y necesitamos dinero para pagar el hospital y sus medicinas, ¿no me ayudaría con un pesito? Lo que tenga... todo sirve. ¡Dios se lo pague en el cielo! Segurito que pronto se pone bien — repitió María ese día a cuanta persona se cruzó en su camino.



Parábola de la especulación

Amado Salazar
San Cristobal de las Casas, Chiapas

La provincia de un país lejano llevaba meses asediada por el enemigo. Y aunque la moral de sus habitantes seguía firme, los víveres comenzaban a escasear. El descontento amenazaba con propagarse entre la población...

Fueron llevados a la oficina del juez principal un humilde labrador y un próspero comerciante. Los habían detenido por reñir en uno de los mercados de la ciudad.

— Este granuja se niega a vender sus mercancías al precio justo — acusó el labrador —. Dice que los costos han subido por la escasez.

En aquella provincia los acaparadores eran castigados con la muerte.

— Lo admito, he incrementado mis precios más allá de lo legítimo — reconoció en privado el comerciante —. Pero si su señoría deja pasar el incidente, le haré un generoso descuento en sus compras mientras dure el asedio.

Inmediatamente el juez lo puso en libertad y mandó a llamar de nuevo al labrador.

— Tu comportamiento con el mercader fue inaceptable — le reprendió —. Si quieres evitar la cárcel, tendrás que cumplir un servicio especial para mí.

Con voz temblorosa el labrador se proclamó a merced del juez.

— Mañana irás de nuevo al mercado y harás exactamente lo mismo que hoy, pero con un comerciante distinto — le ordenó —. Si ambos son detenidos y traídos ante mí, recibirás la gracia y un pago por tus servicios.

Y así fue como el juez prosperó durante el asedio. Y también (aunque no tanto) un humilde labrador, quien jamás tuvo que arar la tierra otra vez.



Viridiana Yasmín Sánchez Miranda

Ciudad de México
IG: @ohmissvi
TW: @OhMissVi

MONTALAYO

30

El trece de febrero de dos mil veintiuno, nació Montalayo, alrededor de las nueve de la mañana. Junto con él, una hermana gemela que no sobrevivió al día siguiente a pesar de ser físicamente más grande que él. Sus padres fueron un semental Dorper que le rentaron a mi padre, junto con una hembra Katahdin que había adquirido el año pasado. La combinación de blanco y negro era muy particular, pero lo más notorio era una mancha blanca en su cráneo.

Recuerdo el primer momento en que lo vi, de hecho, pude ver cómo su madre empujaba su cuerpo hacia el exterior. Me tocó sostener su pequeño cuerpo aún bañado en placenta. La sensación pegajosa y el olor a sangre me dieron un poco de asco, pero en cuando sentí su corazón agitado, me maravilló tener entre mis manos un fragmento del milagro de la vida. Era tan pequeño que cabía perfectamen-

te en una de mis manos. Por lo mismo, tampoco teníamos grandes esperanzas de que sobreviviera al día siguiente. Increíblemente, Montalayo y su instinto de supervivencia fueron más fuertes que nuestras expectativas.

Le puse Montalayo, porque es el nombre que se le da a la panza de borrego cocinada. Es de las piezas más apreciadas en los puestos de barbacoa, y dominar el arte de cocinar una buena pieza de montalayo es muy desafiante. Comer montalayo no es para todos los clientes: sólo para los que tienen un paladar refinado y saben apreciar el sabor de las tripas bien cocinadas.

Montalayo crecería fuerte y eventualmente iría al hoyo... de la barbacoa estilo hidalguense. Seamos realistas: es el destino de los borregos criados en el centro de México. Uno cría para tener la carne y la piel del animal, no por

amor al arte. No sería la excepción, y esto es un negocio.

Sin pensar demasiado en el negocio de barbacoa que dirige mi padre, disfrutaba de ir al corral a abrazarlo. Lo cargaba y podía sentir el latido de su corazón en la mano izquierda. Ese corazón que bombeaba sangre y que se aseguraba de que su cuerpo brincara, respirara, comiera y existiera.

Me levantaba temprano sólo para ver cómo se alimentaba de su madre, o cómo jugaba con el resto de los recién nacidos del rebaño. Al abrazarlo, acariciaba sus orejas, sentía su pelo sobre mis clavículas y el cuello. Me sentía un poco más en paz en este mundo tan ajetreado.

Hoy murió. Era tan pequeño que se atoró en el pesebre, en la noche cayó una helada y murió de frío. Sigo pensando que debí haber bajado esa noche para ver si estaba bien. Su cuerpo pequeño e inerte yacía en mis manos. Una voz interna urgí el deseo de calentarlo, con esperanza de que volviera a la vida, pero ya era tarde. El suave golpeteo de su corazón había abandonado el cuerpo de Montalayo. No me contuve, lloré mucho, le pedí perdón, lo llamé "mi amor", le dije que ayer estaba bien... lloré sobre él.

Creo que ni cuando murió mi abuelo lloré tanto.

Sin embargo, tuve la cabeza fría para sacar el cuerpo de Montalayo, hacer un hoyo en la tierra y darle sepultura. Ha sido difícil para mí, considerando que eran las nueve de la mañana y yo no había desayunado. Lo abracé por última vez. Cerré los párpados de sus ojitos. Acaricié sus orejas suaves y carnosas. Lo acomodé con cariño en ese oscuro agujero, que sería a partir de hoy su morada y le eché tierra encima. Empapé mi sudadera con lágrimas. Seguí con mi día.

Me parece un poco irreal toda esta situación. Pero así son

los bebés borregos: es de esperarse que algunos no sobrevivan.

Voy a extrañar ver a Montalayo mañana, ver que se queda quieto sin razón alguna, ver cómo se acomoda para dormir, ver como chupa teta de su madre mientras mueve el rabito alegremente, ver esa manchita blanca en su cabeza. Sobre todo, extrañaré volver a sentir el latido de su corazón en mi mano izquierda, donde justamente lo pegaba a mi corazón para sentirme un poco más viva.

31

Sofía Santoyo Albores
Ciudad de México
IG: @sofia_santoyoa

HIJA DE YE- MAYÁ

Mi mamá es hija de Yemayá, el mar. Las olas que tiemblan en sus oídos antes de dormir y le temen tanto como yo. Cuando fue a Cuba por primera vez, una voz extraña en un lugar oscuro, lejos de los ojos de los demás, susurró ese nombre y la advertencia: se llevará a una de tus hijas.

Asustada, mi madre nos metió a clases de natación. Desde ese entonces odio el agua, el sentimiento líquido inundando los poros de mi piel, el cabello nublando los sentidos al bloquear los oídos, los ojos, la boca y la nariz. Más que nada odio nadar. Sobre todo la lentitud del movimiento, la constante lucha entre brazadas para sobrevivir, para respirar. Algo que en la tierra es tan natural, en el agua se vuelve sofocante e insufrible.

Todas las tardes antes de mi clase le rogaba a mi mamá que no fuéramos. Le pedía, le gritaba, le insistía que me sentía mal, que había una falla dolorosa en mi sistema intestinal y que sin duda empeoraría al estar en contacto con el agua. Ella respondía con un termómetro que marcaba 36°, poco más, poco menos, y un apretón del claxon para que me apurara. Solía esperar del otro lado de la puerta con la esperanza de que llegara tarde, de que la clase estuviera por terminar o de que mi madre se olvidara de mí y cuando por fin abriera, ya no estaría estacionado su auto negro en el garage. Sin importar cuánto intentaba nunca me dejó, pocas veces llegamos tarde. Aprendí a nadar sufriendo junto a mi hermana Lorena.

Ella, tornándose en mi contra, siempre amó el agua. Se pasaba las horas antes de la clase paseando en su trajecito de baño por la casa. Siempre era la primera en meterse

al auto con toalla, tabla y goggles listos. En la clase, siendo un año más joven que yo y que la mayoría, superaba a cualquier compañero en velocidad y forma. Su cuerpo estaba hecho para nadar y yo la veía con rencor por no compartir mi odio, por atreverse a superarme ¡A mí! ¡A su hermana mayor! Que injusto parecía a su corta edad, su talento.

Nos bañábamos juntas en las regaderas del club mientras mi mamá se tomaba un café con alguna de sus amigas. En el agua caliente nos deshacíamos del cloro de la alberca, se me despegaba el cansancio y a mi hermana los granitos de arena de las piernas que recorrían su cuerpo hasta llegar al grifo, donde se acumulaban en las rejillas creando, por un instante, una playa propia antes de ser devorados por la corriente. Su cabello negro, una vez suelto y mojado, se movía a un ritmo casi líquido pegándose a su piel como tentáculos y dejando pequeñas marcas de tinta morada en sus hombros.

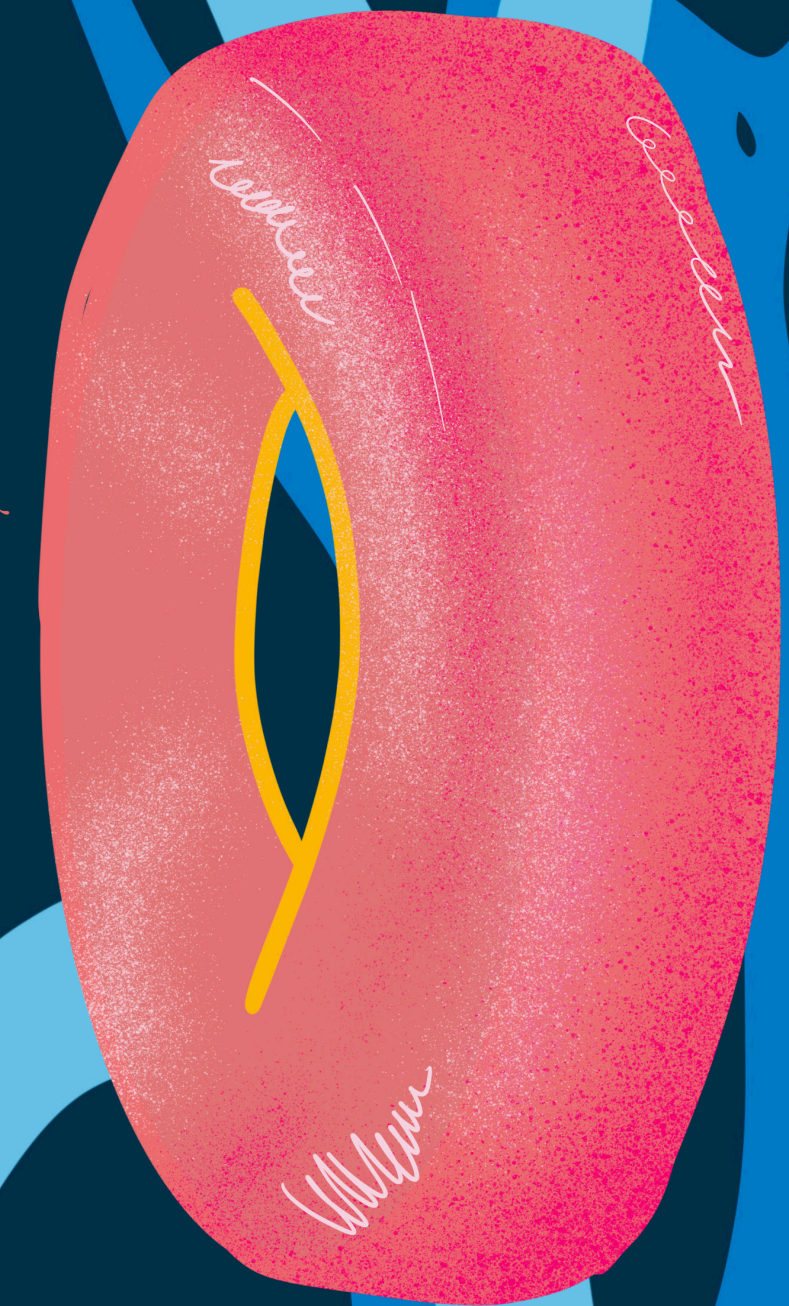
El cuerpo de Lorena estaba hecho para mojarse. El sol la secaba, la asfixiaba, le causaba una serie de irritaciones que el doctor denominó dermatitis, que para curar mandó a recetar una serie de cremas humectantes acompañadas de baños con leche. Cuando no se cuidaba, su piel se asemejaba a las escamas de un pez rosado y sangriento. Todo le picaba: la ropa, el sol, el viento. Solo en el

agua encontraba paz. Cuando dejamos de bañarnos juntas, se vivía las tardes dando vueltas en la alberca del club, aún en los días nublados y fríos, en las noches de tormenta. Su enfermedad y sus muchos tratamientos la agotaban haciendo que se durmiera siempre en el auto de regreso a la casa. Mientras yo estaba sentada de mal humor escuchando la radio, a ella la invadía un sueño profundo y regular.

**SU RESPIRACIÓN
TRANQUILA
Y CALMANTE,
EXPULSABA UN AROMA
QUE MOJABA EL AIRE
A SU ALREDEDOR Y
ME RECORDABA A
LAS VACACIONES EN
PUERTO VALLARTA.**

A los 12 por fin pude renunciar a la natación y me fui desarrollando en una serie de deportes terrestres que nunca me fascinaron: tenis, taekwondo, pádel, entre otros. Mientras tanto, mi hermana empezó a nadar en competencias de las cuales a menudo regresaba con medallas de oro. Mi mamá, que antes parecía extasiada con su talento, ya empezaba a ver la advertencia que años atrás le había susurrado esa voz extraña. Escuchaba en las brazadas de mi hermana el suave rumor del mar que tranquilamente llamaba a su hija. Cuando el miedo por fin se logró condensar en pesadillas, le prohibió a mi hermana que siguiera nadando y en cambio la inscribió a otras clases conmigo como piano, fútbol, acuarelas. La piel de mi hermana no aguantaba la sequedad del suelo y se irritaba fácilmente cuando estaba expuesta al sol, se rompía en llagas profundas que sangraban un líquido transparente y oloroso. Se pasaba las prácticas de fut en una banca sombreada esparciendo ungüentos medicinales en las heridas que surgían en sus brazos, su cara y sus piernas. Sus pies acostumbrados a patear, al estar encarcelados por un zapato secretaban un líquido gris que se escurría por los hoyos de las agujetas de manera dolorosa y repugnante. Eventualmente dejó de caminar y de comer. El día que ya no respiró mi mamá nos subió al auto, nos llevó

al mar y dejó a su hija a sus pies. No le temo al mar que es madre de mi madre y hogar de mi hermana, pero sí lloro cuando veo las marcas moradas en los hombros de mi hija.



«You won't lag behind, because you'll have the speed.
You'll pass the whole gang and you'll soon take the lead.
Wherever you fly, you'll be best of the best.
Wherever you go, you will top all the rest.

DR. SEUSS, “OH, THE PLACES YOU’LL GO!”



E S P O R A